

La muerte de Cristo por su pueblo



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

La muerte de Cristo por su pueblo

Nº 2656

Sermón predicado un domingo por la noche en el invierno de 1857
por Charles Haddon Spurgeon. En la Capilla De New Park Street,
Southwark, Londres, (y seleccionado para lectura el Domingo 7 de Enero
de 1900).

“Él puso su vida por nosotros”. — 1 Juan 3: 16.

Te invito, creyente, a contemplar esta sublime verdad, así proclamada a ti en simples monosílabos: “Él puso su vida por nosotros”. No hay ni una sola palabra extensa en esta frase; todo en ella es sumamente sencillo, y es sencillo porque es sublime. La sublimidad en el pensamiento exige siempre para su debida expresión la simplicidad en las palabras. Los pequeños pensamientos necesitan ser expresados con grandes palabras y los pequeños predicadores necesitan palabras en latín para transmitir sus débiles ideas, pero los grandes pensamientos y sus grandes expositores se contentan con pequeñas palabras.

“Él puso su vida por nosotros”. En esta frase no hay mucho que pudiera utilizarse para exhibir la elocuencia de alguien; hay poco espacio en ella para la discusión metafísica o para el pensamiento profundo; el texto nos presenta una doctrina sencilla pero sublime. Entonces, ¿qué he de hacer con él? Si me predicara a mí mismo provechosamente respecto a este texto, no tendría que emplear mi ingenio para examinarlo detenidamente, ni mi oratoria para proclamarlo, sino solamente necesitaría rendirle culto practicando mi adoración. Permítanme postrarme entonces con todos mis poderes delante del trono, y, como un ángel que ha completado su misión y que ya no tiene que volar a ningún otro lado para cumplir las órdenes de su Señor, permítanme plegar las alas de mi contemplación y comparecer delante del trono de esta grandiosa verdad e inclinarme mansamente para

adorar a Aquel que era, y que es, y que ha de venir: el grandioso y glorioso Ser que “puso su vida por nosotros”.

Al comenzar mi discurso, sería bueno que les recuerde que no podemos entender la muerte de Cristo a menos que comprendamos a la persona de Cristo. Si yo les dijera que Dios murió por nosotros, aunque pudiera estar diciendo una verdad y ustedes quizá no malinterpretaran lo que quise decirles, les estaría expresando al mismo tiempo un error. Dios no puede morir; en razón de Su propia naturaleza es imposible que pudiera dejar de existir ni por un instante. Dios es incapaz de sufrir. Es verdad que a veces usamos algunas palabras que indican que Dios experimenta emociones; pero, en ese caso, hablamos como humanos. Él es impasible; Él no puede sufrir; no es posible que sufra nada; entonces, es mucho menos posible que sufra la muerte. No obstante, en el versículo del cual está tomado nuestro texto, se nos dice: “En esto hemos conocido el amor (de Dios)”. Pueden advertir que las palabras “de Dios” han sido insertadas por los traductores. Están en cursivas porque no están en el original. Una mejor traducción sería: “En esto hemos conocido el amor”. Cuando leemos “de Dios”, eso podría inducir a los ignorantes a imaginar que Dios pudiera morir, pero no es así. Debemos entender siempre y recordar constantemente que nuestro Señor Jesucristo era “Dios verdadero de Dios verdadero”, y que, como Dios, tenía todos los atributos del Altísimo, y no podía, por tanto, ser capaz de sufrir o de morir. Pero, por otra parte, Él era hombre también, “hombre nacido de la madre”, hombre, tal como nosotros mismos, con la única excepción del pecado. Y el Señor Jesús no murió como Dios. Fue como hombre que expiró. Como hombre fue clavado a la cruz. Como Dios, estaba en el cielo incluso cuando Su cuerpo se encontraba en la tumba. Como Dios, blandía el cetro de todos los mundos aun cuando el burlesco cetro de caña estuviera en Su mano. La túnica imperial de la monarquía universal estaba sobre los hombros eternos de Su Deidad aun cuando el viejo manto púrpura del soldado cubriera Su condición humana. Él no cesó de ser Dios. Él no perdió Su Omnipotencia ni Su eterno dominio cuando se hizo hombre. Como Dios no sufrió ni murió. Fue como hombre que “puso su vida por nosotros”.

Ven, ahora, alma mía, y adora a este hombre, a este Dios. Ven, creyente, y contempla a tu Salvador; entra en el círculo central de toda santidad, el

círculo que contiene a la cruz de Cristo, y siéntate ahí, y al tiempo que adoras, aprende tres lecciones del hecho de que “él puso su vida por nosotros”. La primera lección debe ser: ¿Puso Su vida por nosotros? ¡Ah, entonces, hermanos míos, cuán grandes debían de ser nuestros pecados ya que no podían ser expiados a ningún otro precio! En segundo lugar, ¿puso Su vida por nosotros? ¡Ah, entonces, amados, cuán grande debe de haber sido Su amor! Nada lo detendría hasta no entregar la vida misma. En tercer lugar, ¿puso Su vida por nosotros? ¡Ah, entonces, alma mía, ten buen ánimo; cuán segura estás! Si una expiación de tal naturaleza ha sido ofrecida, si tal satisfacción ha sido dada al Dios Todopoderoso, ¡cuán segura estás! ¿Quién podría destruir al que ha sido comprado con la sangre de tal Redentor?

I. Bien, entonces, permítanme meditar con convicción sobre la primera triste realidad. ¿Puso Cristo Su vida por mí? Entonces, ¡CUÁN GRAVES DEBEN DE HABER SIDO MIS PECADOS!

¡Ah, hermanos míos!, voy a hablar un poco acerca de mi propia experiencia, y al hacerlo voy a estar describiendo también la suya. Yo he visto mis pecados de muchas maneras diferentes. Una vez los vi a la luz cegadora del Sinaí y, ¡oh!, mi espíritu se contrajo en mi interior, pues mis pecados se veían sumamente negros. Cuando el sonido de la bocina creció en intensidad y se hizo prolongado, y el rayo y el fuego centellearon dentro de mi corazón, vi un verdadero infierno de iniquidad en el interior de mi alma, y estuve a punto entonces de maldecir el día en que nací, por tener un corazón así, tan ruin y engañoso. Pensé entonces que había visto la suma negrura de mi pecado. ¡Ay!, pero no había visto lo suficiente de mi pecado para hacerme aborrecerlo al punto de abandonarlo, pues esa convicción pasó. El Sinaí no fue sino un volcán que fue acallado y silenciado; y después comencé a jugar de nuevo con el pecado y a amarlo de la misma manera de siempre.

Contemplé un día otro espectáculo; vi mis pecados a la luz del cielo. Miré a lo alto y consideré los cielos, la obra de los dedos de Dios; percibí la pureza del carácter de Dios escrita en los rayos del sol, y vi Su santidad esculpida en el ancho mundo y también revelada en la Escritura, y al momento de compararme con Él, pensé que veía cuán negro era yo. ¡Oh

Dios!, hasta no ver la gloria de Tu carácter nunca conocí la atrocidad de mi propia culpa; pero ahora que veo el resplandor de Tu santidad, mi alma entera está abatida ante el pensamiento de mi pecaminosidad y de mi gran separación del Dios viviente. Entonces pensé que había visto lo suficiente. ¡Ah!, había visto lo suficiente para conducirme a adorar por un instante, pero mi alegría fue como la nube temprana y como el rocío de la mañana, y proseguí mi camino, y olvidé qué clase de hombre era yo. Cuando hube perdido el sentido de la majestad de Dios, perdí también la conciencia de mi propia culpa.

Luego me vino otra visión, y contemplé la misericordia de Dios para conmigo; vi cómo me había mecido sobre las rodillas de la Providencia, cómo me había sustentado a lo largo de toda mi vida, cómo había esparcido la abundancia en mi camino y me había dado ricamente todas las cosas para que las disfrutara. Recordé cómo había estado conmigo en la hora de la tribulación, cómo me había preservado en el día del huracán, y cómo me había protegido en el tiempo de la tormenta. Recordé toda Su bondad para conmigo y, sorprendido por Su misericordia, miré mi pecado a la luz de Su gracia, y dije: “¡oh pecado, cuán ruin eres tú, y cuán vil ingratitud manifiestas contra un Dios tan profundamente amable!”

Pensé, entonces, que seguramente había visto lo peor del pecado al haberlo contrastado, primero, con el carácter de Dios, y, posteriormente, con Sus dádivas. Maldije el pecado desde lo más profundo de mi corazón, y pensé que había visto lo suficiente respecto a él. Pero, ¡ah!, hermanos míos, no lo había visto. Ese sentido de gratitud pasó, y me encontré inclinado todavía al pecado, y vi que lo amaba todavía.

Pero, ¡oh, llegó una hora tres veces feliz, y con todo, tres veces fúnebre! Un día, en mis descarríos, oí un grito, un gemido; no me pareció que fuera un grito que brotara de labios mortales, pues había en él indecibles profundidades de un portentoso dolor. Me volví a un lado, esperando ver un grandioso espectáculo; y lo que vi fue en verdad un gran espectáculo. He aquí que, por allá, en un madero, bañado en sangre, colgaba un hombre. Observé el suplicio que hacía que Su carne temblara sobre sus huesos. Contemplé las negras nubes que venían rodando desde el cielo, como los carros de la amargura; las vi cubrir Su frente de negrura; incluso vi en la

densa oscuridad, pues mis ojos fueron abiertos, y percibí que Su corazón estaba tan lleno de la lobreguez y del horror del dolor como el cielo estaba lleno de negrura. Luego me pareció ver dentro de Su alma, y ahí divisé torrentes de indecible angustia, manantiales de tormento de un carácter tan terrible que ningún labio mortal se atrevería a sorber para no quemarse con el hirviente calor. Pregunté: “¿quién es este poderoso sufriente? ¿Por qué sufre así? ¿Ha sido Él el peor de los pecadores, el más vil de todos los blasfemos?” Pero vino una voz desde la gloria excelsa que dijo: “Este es mi Hijo amado; pero Él tomó sobre Sí el pecado del pecador, y tiene que sufrir el castigo”. ¡Oh, Dios!, —pensé— nunca miré al pecado sino hasta esta hora, cuando lo vi arrebatarse las glorias de Cristo de Su cabeza, cuando por un instante pareció incluso retirar la misericordia de Dios de Él, y cuando lo vi cubierto con Su propia sangre y sumergido en las máximas profundidades de océanos de aflicción. Luego dije: “¡Ahora sabré lo que eres, oh pecado, como nunca antes lo supe!” Aunque esos otros espectáculos podrían enseñarme algo del terrible carácter del mal, con todo, nunca entendí cuán vil era la culpa del hombre traidor para con el Dios del hombre, hasta no ver al Salvador en el madero.

¡Oh, heredero del cielo, alza ahora tus ojos, y contempla los escenarios del sufrimiento por los que pasó tu Señor por tu culpa! Ven a la luz de la luna y párate entre esos olivos; míralo sudar grandes gotas de sangre. Síguelo desde ese huerto hasta el tribunal de Pilato. Mira a tu Maestro sometido a los insultos más soeces e inmundos; contempla la faz de inmaculada belleza profanada por la saliva de los soldados; mira Su cabeza horadada con espinas; observa Su espalda toda desgarrada, y rota, y surcada, y magullada y sangrante bajo el terrible látigo. Y, ¡oh, cristiano, míralo morir! Anda y párate donde estuvo Su madre, y óyelo decirte: “¡Hombre, contempla a tu Salvador!” Acércate esta noche, y párate donde estuvo Juan; óyelo exclamar: “Tengo sed”, y descúbrete incapaz de mitigar Sus dolores o de comprender Su amargura. Entonces, habiendo llorado allí, alza tu mano, y clama: “¡Venganza!” Saca a los traidores; ¿dónde están? Y una vez que tus pecados sean sacados a la luz como los asesinos de Cristo, no permitas que ninguna muerte sea demasiado dolorosa para ellos; aunque implique desprenderse del brazo derecho, o sacar el ojo derecho y apagar su luz para siempre, ¡hazlo! Pues si esos asesinos asesinaron a Cristo, entonces deben morir. Pudieran sufrir una muerte terrible, pero tienen que morir.

¡Oh!, que Dios el Espíritu Santo les enseñe esta primera lección, hermanos míos, la ilimitada perversidad del pecado, pues Cristo tuvo que poner Su vida para que el pecado de ustedes pudiera ser suprimido.

II. Ahora hemos de considerar el segundo encabezado, y vamos a levantar nuestros corazones desde las profundidades de la tristeza hasta las alturas del afecto. ¿Puso el Salvador Su vida por mí? Vamos a leerlo ahora así: “él puso su vida por mí”; y oro pidiéndole al Señor que ayude a cada uno de ustedes, por la fe, a leerlo así, porque si decimos: “nosotros”, sería tratar con generalidades —es verdad que son benditas generalidades— pero en este momento debemos tratar con cosas específicas, y que cada uno de nosotros que pueda hacerlo verazmente, diga: “Él puso su vida por mí”. Entonces, ¡CUÁN GRANDEMENTE ME DEBE DE HABER AMADO!

¡Ah, Señor Jesús! Nunca conocí Tu amor mientras no comprendí el significado de Tu muerte. Amados, si podemos, vamos a intentar contar de nuevo la historia de nuestra propia experiencia, para hacerles ver cómo el amor de Dios ha de ser aprendido. Ven, santo, siéntate, y medita en tu creación; nota cuán maravillosamente fuiste formado y cómo tus huesos encajaron entre sí, y comprueba que en eso hay amor. Observa, a continuación, esa predestinación que te puso ahí donde tú estás, pues las cuerdas te cayeron en lugares deleitosos, y, a pesar de todas tus tribulaciones, en comparación con muchas pobres almas, te ha tocado “una hermosa heredad”. Advierte, entonces, el amor de Dios manifestado en la predestinación que te ha hecho lo que eres, y que te ha colocado donde estás. Luego mira al pasado y ve la misericordia de tu Señor, según te la ha mostrado en todo tu peregrinaje hasta ahora. Estás envejeciendo, y tu cabello se está tornando cano sobre tu frente; pero Él te ha levantado todos los días desde la antigüedad; no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová tu Dios ha dicho. Recuerda la historia de tu vida. Regresa ahora y considera el tapiz de tu vida que Dios ha estado elaborando cada día con la hebra de oro de Su amor, y advierte qué cuadros de gracia hay en él. ¿No puedes decir que Jesús te ha amado? Vuelve tus ojos al pasado, y lee los antiguos rollos del pacto eterno, y mira tu nombre entre los primogénitos, los elegidos, la Iglesia del Dios viviente. Contesta, ¿no te amaba Él cuando escribió tu nombre allí? Ve y recuerda cómo fueron hechos los eternos acuerdos, y cómo Dios decretó y arregló todas las cosas

de tal manera que tu salvación fuera realizada. Contesta, ¿no había amor allí?

Haz una pausa ante el recuerdo de tus convicciones; piensa en tu conversión; recuerda tu preservación, y cómo la gracia de Dios ha estado obrando en ti; piensa en la adopción; piensa en la justificación y en cada inciso del nuevo pacto; y cuando hayas sacado el total de todas esas cosas, permíteme hacerte esta pregunta: ¿producen en ti todas estas cosas tal sentido de gratitud como lo produce la cosa primordial que voy a mencionar ahora: la cruz de nuestro Señor Jesucristo? Pues, hermano mío, si tu mente es como la mía, aunque vas a pensar lo suficientemente bien de todas esas cosas que Dios te ha dado, estarás obligado a confesar que el pensamiento de la muerte de Cristo en la cruz las absorbe a todas ellas.

Esto sé, hermanos míos, que yo puedo mirar hacia atrás o puedo mirar hacia delante, pero ya sea que mire hacia atrás, a los decretos de la eternidad, o que mire hacia delante, a la ciudad con puertas de perla y a todos los esplendores que Dios ha preparado para Sus propios hijos amados, no puedo ver nunca el amor de mi Padre brillando de tal manera, en toda su refulgencia, como cuando miro a la cruz de Cristo y lo veo morir allí. Puedo leer el amor de Dios en las letras de piedra del pacto eterno, y en las llameantes letras del cielo en el más allá; pero, hermanos míos, en esas líneas carmesíes, en esas líneas escritas con sangre, hay algo más asombroso de lo que hubiere en cualquier otro lado, pues dicen: “Él puso su vida por nosotros”. Ah, aquí es donde aprenden el amor. Ustedes conocen la vieja historia de Damón y Pitias, y cómo los dos amigos debatían entre sí para decidir quién debía morir por el otro; eso era amor. Pero, ¡ah!, no hay comparación entre Damón y Pitias, y un pobre pecador y su Salvador. Cristo puso Su vida, Su gloriosa vida, por un pobre gusano. Él se despojó a Sí mismo de todos Sus esplendores, y después, de toda Su felicidad, y después, de Su propia justicia, y después, de Sus propias vestiduras, hasta quedar desnudo para Su propia vergüenza; y luego puso Su vida, que era todo lo que le quedaba, pues nuestro Salvador no se reservó nada.

Sólo piensen en eso por un instante. Él tenía una corona en el cielo; pero la hizo a un lado para que ustedes y yo pudiéramos llevar una corona por siempre. Él tenía un cinturón alrededor de Sus lomos de un resplandor más

brillante que las estrellas; pero se lo quitó, y lo hizo a un lado, para que ustedes y yo pudiéramos llevar eternamente un cinturón de justicia. Él había escuchado los santos cánticos de los querubines y de los serafines; pero lo dejó todo para que pudiéramos morar por siempre donde cantan los ángeles; y luego vino a la tierra, y Él tenía muchas cosas, incluso en Su pobreza, que habrían podido tender a Su consuelo. Él se despojó, primero de una gloria, y luego de otra, ante la exigencia del amor; al final, la conclusión fue que no le quedaba nada sino una pobre túnica, de un solo tejido de arriba abajo, la cual se adhería a Su espalda por causa de la sangre, y también se deshizo de eso. Luego ya no le quedó nada, pues no se reservó ni una sola cosa. “Vean” —pudo haber dicho— “hagan un inventario de todo lo que tengo, hasta el último centavo; he renunciado absolutamente a todo por el rescate de Mi pueblo”. Y no le quedaba nada sino Su propia vida. ¡Oh insaciable amor! ¿No te pudiste haber detenido ahí? Aunque había renunciado a una mano para cancelar el pecado, y a la otra mano para reconciliarnos con Dios, y había renunciado a un pie para que nuestro pie pecador pudiera ser por siempre traspasado de lado a lado, y clavado y sujetado, para que no se descarriara nunca, y había renunciado al otro pie para que fuera sujetado al árbol para que pudiéramos tener libres nuestros pies para correr la carrera celestial; no le quedaba nada sino Su pobre corazón, y también renunció a Su corazón que fue abierto para que se derramara por la herida de la lanza, y sin dilación brotó de allí sangre y agua.

¡Ah, Señor mío!, ¿qué te he dado yo jamás, comparado con todo lo que tú has renunciado por mí? Yo te he dado algunas pobres cosas, como escasas monedas oxidadas; ¡pero cuán poco es eso comparado con lo que tú me has dado! De vez en cuando, Señor mío, yo te he ofrecido un pobre himno que fue acompañado con un instrumento desafinado; algunas veces, Señor mío, he prestado algún pequeño servicio para Ti; pero, ¡ay!, mis dedos estaban tan negros que estropeaban lo que yo hubiera querido presentarte tan blanco como la nieve. Señor mío, no es nada lo que he hecho por Ti. No, aunque he sido un misionero, y he renunciado a hogar y amigos; no, aunque he sido un mártir, y he entregado mi cuerpo para ser quemado, yo diré, en la última hora: “Señor mío, no he hecho nada por Ti, después de todo, en comparación con lo que Tú has hecho por mí; y con todo, ¿qué más puedo hacer? ¿Cómo puedo mostrar mi amor por Ti debido

a Tu amor por mí, tan incomparable, tan sin par? ¿Qué haré? No voy a hacer nada sino:

‘Enternecido por Tu bondad, voy a postrarme en tierra,
Y voy a llorar para alabanza de la misericordia que he
encontrado’”.

“Eso es todo lo que puedo hacer, y eso debo hacer, y eso haré”.

III. Ahora, amados, vamos a cambiar el tema, y vamos a intentar una nota más alta. Hemos recorrido una buena parte de la escala musical, y ahora hemos alcanzado precisamente la altura de la octava. Pero tenemos algo más que podemos extraer del texto: “Él puso su vida por nosotros”. ¿Puso mi Salvador Su vida por mí? Entonces, ¡CUÁN SEGURO ESTOY!

Esta noche no vamos a tener ninguna controversia con aquellos que no ven esta verdad; ¡que el Señor abra sus ciegos ojos y les muestre la verdad! Eso es todo lo que diremos. Nosotros, los que conocemos el Evangelio, vemos en el hecho de la muerte de Cristo una razón por la cual hemos de ser salvos que ninguna fuerza de la lógica podría conmover jamás, ni ningún poder de la incredulidad podría suprimir. Pudiera haber hombres con mentes tan distorsionadas que conciban que es posible que Cristo muriera por un hombre que posteriormente se pierde; digo que es posible encontrar tales individuos. Lamento decir que todavía han de encontrarse algunas personas así, cuyos cerebros han sido tan confundidos en su niñez que no pueden ver que lo que sostienen es una ridícula falsedad y un libelo blasfemo. ¡Cristo muere por un hombre, y luego Dios castiga a ese hombre otra vez! ¡Cristo sufre en lugar de un pecador, y luego Dios condena a ese pecador después de todo! Vamos, amigos míos, me siento muy horrorizado con sólo mencionar un error tan terrible; y si no tuviera tanta vigencia, lo pasaría por alto con el desprecio que se merece.

La doctrina del Espíritu Santo es que Dios es justo, que Cristo murió en lugar de Su pueblo, y que, como Dios es justo, Él no castigará nunca a ninguna alma solitaria de la raza de Adán por quien el Salvador hubiere efectivamente derramado Su sangre. El Salvador murió, en un cierto sentido, por todos; todos los hombres reciben muchas misericordias por medio de Su sangre, pero que Él fuera el Sustituto y la Fianza por todos los

hombres es tan inconsistente con la razón y con la Escritura, que estamos obligados a rechazar esa doctrina con aborrecimiento.

No, alma mía, ¿cómo serás castigada tú si tu Señor ya soportó el castigo por ti? ¿Murió Él por ti? ¡Oh, alma mía, si Jesús no fue tu Sustituto y no murió en tu propia sustitución, entonces Él no es un Salvador para ti! Pero si fue tu Sustituto, si sufrió como tu Fianza en lugar tuyo, entonces, alma mía, “¿Quién es el que condenará?” Cristo murió, sí, y resucitó y se sienta a la diestra de Dios, y hace intercesión por nosotros. Ese es el argumento de mayor peso: Cristo “puso su vida por nosotros”, y, “si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”. Si las agonías del Salvador quitan nuestros pecados, la vida eterna del Salvador conjuntamente con los méritos de Su muerte han de preservar a Su pueblo hasta el fin.

Esto sí sé, —y podrían oír que los hombres tartamudean al decirlo— que lo que yo predico es la vieja verdad luterana, calvinista, agustina, paulina y cristiana: que no hay ni un solo pecado en el Libro de Dios en contra de nadie que tenga fe. Nuestros pecados fueron puestos sobre la cabeza de Azazel⁽¹⁾, y no hay ni un solo pecado que algún creyente haya cometido jamás, que tenga poder alguno de condenarlo, pues Cristo ha quitado el poder condenatorio del pecado, permitiéndole condenarse a sí mismo, —hablando en una aventurada metáfora— pues el pecado lo condenó a Él; y dado que el pecado lo condenó, el pecado no puede condenarnos.

Oh, creyente, esta es tu garantía: que todo tu pecado y tu culpa, y todas tus transgresiones y tus iniquidades, han sido expiadas, y fueron expiadas antes de haber sido cometidas; de tal forma que puedes venir con arrojo, aunque vengas rojo por todo tipo de crímenes, y negro por toda lascivia, y puedes poner tu mano sobre la cabeza de Azazel, y cuando hayas puesto tu mano ahí y hayas visto que Azazel es enviado al desierto, puedes aplaudir de gozo, y decir: “ha concluido, el pecado ha sido perdonado”.

Aquí hay perdón para pasadas transgresiones,
No importa cuán negro sea su molde;

¡Y, oh, alma mía, con asombro mira,
Aquí hay perdón también para pecados futuros!

Esto es todo lo que necesito saber; ¿murió el Salvador por mí? Entonces yo no perseveraré en el pecado para que la gracia abunde; pero nada me detendrá de gloriarme, en todas las iglesias del Señor Jesús, porque mis pecados son así enteramente quitados de mí; y, a los ojos de Dios, puedo cantar, como Hart lo hizo:

Vestido con el manto inmaculado de Cristo,
Santo como el Santo.

¡Oh muerte maravillosa de Cristo, cuán firmemente colocas los pies de los miembros del pueblo de Dios sobre las rocas del amor eterno; y cuán firmemente los mantienes allí! Vengan, amados hermanos, chupen un poco de la miel de este panal. ¿Hubo alguna vez algo tan succulento y tan dulce para el paladar del creyente como esta verdad sumamente gloriosa que establece que estamos completos en Él, que en y a través de Su muerte y de Sus méritos, somos aceptos en el Amado? Oh, ¿hubo alguna vez algo más sublime que este pensamiento, que ya nos ha resucitado juntos, y que nos ha hecho sentar juntos en los lugares celestiales en Cristo Jesús, sobre todo principado y autoridad, tal como Él se sienta? Ciertamente no hay nada más sublime que eso, excepto que un pensamiento esencial sella todas esas cosas con algo más que su propio valor, y ese pensamiento esencial es que aunque los montes se muevan y los collados tiemblen, el pacto de Su amor nunca se apartará de nosotros. “Pues”, —dice Jehová— “Yo nunca te olvidaré, oh Sion”; “He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros”.

¡Oh, cristiano, ese es un firme cimiento, cimentado con sangre, sobre el que puedes edificar para la eternidad! ¡Ah, alma mía, tú no necesitas ninguna otra esperanza más que esta! Jesús, Tu misericordia nunca muere; voy a argumentar esta verdad cuando esté abatido por la angustia: Tu misericordia nunca muere. Voy a argumentar esto cuando Satanás arroje tentaciones sobre mí, y cuando mi conciencia me eche en cara el recuerdo de mi pecado; voy a argumentar esto siempre y voy a argumentarlo ahora:

Jesús, Tu sangre y Tu justicia
Son mi belleza, mi glorioso manto.

Sí, y después que muera e incluso cuando comparezca delante de Tu
ojos, temor Supremo:

Cuando me levante del polvo de la muerte,
Para recibir mi mansión en los cielos,
Incluso entonces este será todo mi argumento,
'Jesús vivió y murió por mí'.

Valeroso compareceré en aquel gran día,
Pues, ¿quién me acusará de algo?
Ya que a través de la sangre de Cristo soy absuelto
De la tremenda maldición y vergüenza del pecado.

Ah, hermanos, si esa es su experiencia, pueden acercarse a la mesa de la
comunión ahora muy felizmente. No será asistir a un funeral, sino a un
festín de alegría. “Él puso su vida por nosotros”.



Nota del traductor:

(1) Azazel: Este término sólo aparece en la descripción del día de la
expiación (Levítico 16: 8, 10, 26). La voz denota “macho cabrío
expiatorio”, y debemos explicarla como “el macho cabrío que se aleja”. El
significado del rito debe de ser que el pecado era eliminado, en forma
simbólica, de la sociedad humana y llevado a la región de la muerte.
(Nuevo Diccionario Bíblico, Ediciones Certeza). [\[volver\]](#)